

La desindustrialización y la formación de la clase obrera en Argentina (1976-2001)

Autor: Juan Grigera*

V Jornadas de Sociología de la UNLP
I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias
Sociales

“Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la
región en las últimas décadas. Desafíos para el conocimiento
social”

La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Mesa J37

Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina
(1970-2008)

1. Introducción

Este trabajo propone una mirada particular a la extensa literatura que da cuenta del conflicto social en Argentina entre 1976 y 2001. Se propone tan solo plantear un problema, recortar de entre estos trabajos un tema específico. ¿De que manera se ha explorado concienzudamente la relación entre conflicto social y lucha de clases y transformaciones en la estructura económica, los procesos de industrialización, los patrones de acumulación de capital

*CONICET, FCS/UNQ, CISH/FAHCE/UNLP, email: juan@grigera.com.ar

en la Argentina de los años '90? ¿Existe un cuerpo de reflexión teórica sobre este problema o más bien una nube de reflexiones *ad-hoc*? ¿Qué adscripciones teóricas más amplias reconocen estas reflexiones? ¿Son consistentes con el resto de los trabajos o se deslizan consensos silenciosos entre distintas corrientes teóricas?

Adelantemos una parte de la conclusión: si el problema es importante entonces la polémica esta ausente. Señalar esa ausencia y reconstruir aquello que la cubre es la tarea de este trabajo. Parafraseando a Ginzburg, creo que si bien los trabajos nada nos dicen de esto, la pregunta mantiene toda su carga.

Insisto entonces que este trabajo es muchísimo más modesto que una investigación sobre la relación industrialización y formación de clase obrera. Como trabajo de revisión teórica y reseña solamente focaliza, señala problemas, reclama atención a tópicos y temas.

Parte también de un recorte específico. Si bien la naturaleza del problema exigiría marcos geográficos y temporales más extensos, atendiendo a la extensión del debate he preferido acotar este trabajo a la literatura sobre conflicto en Argentina a partir de 1976.

Un segundo aspecto de especificidad se refiere a que tan sólo uno de los procesos de formación de clase se toma en cuenta: el de la clase obrera. Esto no significa que no sea más que interesante explorar la relación entre acumulación y formación/transformaciones de la burguesía, solo que no es la tarea en esta oportunidad.

El primer obstáculo deviene de constatar que el tema no tiene suficiente autonomía a pesar de su importancia, es decir que no existe un debate específico, solo algunas reflexiones dentro de límites estrechos. Por ejemplo, si bien el debate en torno a los orígenes del peronismo incorpora en su agenda (aunque de un modo particular) desde la primer intervención de Germani la problemática de la “modernización” y las transformaciones debidas a los “migrantes internos”, a lo largo de su desarrollo aquel no ahonda en la crítica de la forma de concebir esta relación sino en señalar otros fenómenos explica-

tivos, dejando por tanto el debate de este problema teórico trunco.¹ Al mismo tiempo, este se ha mantenido aislado, no ha influido la reflexión posterior.

Puede decirse que esta recepción del problema en la literatura académica argentina consituye una “peculiaridad” local que contrasta al menos con dos fuentes distintas. En primer lugar con el frondoso desarrollo del debate en otros ámbitos y autores de importante influencia en el país. (Por ejemplo en Inglaterra tanto el marxismo británico como el resto de los historiadores del período se han visto obligados a reflexionar sobre el particular).

Una muestra inequívoca de la ausencia de esta reflexión sistemática en el ámbito local es la que se manifiesta en los estudios que conciben la formación de la clase obrera de un modo inmutable: como nada ha cambiado puedo comparar libremente huelgas, formas de organización, grados de movilización, intervenciones políticas, etc. Para estos estudios la significancia de una huelga general es la misma en 1973 que en el año 2000.

En paralelo a esto se hace patente el problema político. No reconocer cambios en la conformación estructural y en la formación política de la clase obrera significa buscar de modo reiterado un mismo sujeto político, o más bien un sujeto político identico a si mismo a traves de las décadas.

Por último, el interes por la relación entre acumulación y lucha de clases no es de tipo “sociológico/anecdótico”, es decir que no me intereso por describir algunos fenómenos como la proyección de prácticas y organización de los procesos de trabajo sobre las sindicales (sindicatos tayloristas en ramas tayloristas, hermandades en los artesanos, etc.), ni peculiaridades de los oficios.

2. Desambiguando la (des)industrialización

Antes de partir, debemos desarmar distintas descripciones del proceso de desindustrialización. Recorramos brevemente distintos significados del término que aparecen en la literatura que nos ocupa.

¹En otra oportunidad analicé esta relación en los debates de la literatura argentina incluyendo los orígenes del movimiento obrero y los orígenes del peronismo. (Ponencia presentada en Congreso de Sociología UBA 2007)

En primer lugar, un significado cabal de desindustrialización se refiere al opuesto a un proceso de industrialización. Tanto como la industrialización es un *proceso general*, la desindustrialización se entendería en este modo, como un proceso general de re-primarización de la economía de un país. En tanto que proceso general una desindustrialización debería implicar la regresión de los cambios operados por una industrialización: la transformación de los patrones de distribución del ingreso, un impacto sobre el mercado de trabajo, sobre las formas de la lucha de clases, etc.

Un segundo significado se refiere a desindustrialización como la contracción relativa de los sectores manufactureros en comparación con los servicios y sectores primarios. En ocasiones esta contracción no es relativa sino absoluta (producto manufacturero), aunque se vuelve compleja la comparación “absoluta” (en los otros casos esta es solo porcentaje de producto respecto del PBI).

Por último, hay un uso más del término que se refiere a la desindustrialización en un sentido acotado y este es el cierre de enclaves industriales. Esta desindustrialización regional evidentemente tiene un impacto importante pero solo determinada geográfica o sectorialmente. En gran medida este significado queda fuera del espectro de problemas que ocupan este trabajo (puesto que entendemos el impacto sobre la formación de clases en un sentido al menos nacional), aunque obviamente que resulta interesante (por ejemplo el impacto del cierre de enclaves industriales de YPF en varios lugares del país).

Pese a que en otros momentos he dedicado y dedico esfuerzo a debatir con el propio racconto empírico de desindustrialización, a fin de marcar con suficiente énfasis el problema de cómo se articulan ambas dimensiones (acumulación de capital y lucha de clases), voy a minimizar todo lo posible las discusiones sobre el significado y alcances del proceso de desindustrialización en tanto tal. Es decir, *en este momento teórico*, me interesa la relación que se establece, antes que la descripción concreta de que significa desindustrialización. Entonces el problema que me interesa es la relación industrialización con lucha-de-clases-de-determinada forma, clase obrera de determinada forma (o cambio de repertorio).

3. Argentina, 1976–2001

En el período que nos proponemos analizar existen dos usos distintos de alguno de estos modelos de vinculación estructura económica o modelo de acumulación y formación de la clase obrera como sujeto político: el impacto de los cambios en la política de los '80 y de los años '90. Para acotar la exposición de este problema, tomaré unos pocos textos significativos en cada uno de estos dos casos.

El primero se refiere a aquellos textos que dan cuenta de la derrota que sufrió la clase obrera durante el golpe militar de 1976. La derrota estará signada por los efectos represivos de la dictadura burguesa, aunque no sólo por estos. Lejos de tener un efecto coyuntural, su verdadera profundidad se pondrá de manifiesto durante la llamada “transición democrática” en la incapacidad de recuperar los niveles de participación en la vida política previos al golpe. Es decir, a la incapacidad de rearticular un movimiento obrero homogéneo articulado alrededor de sus organizaciones sindicales, capaz de defender corporativamente sus intereses o de proyectarse políticamente.

En un segundo momento nos referiremos a las formas de lucha y resistencia de la clase durante el menemismo, en un ciclo que concluye hacia el 2001. El grupo de análisis que se refiere a este período suele desprenderse de la consideración del período antes mencionado y hacer hincapié en la emergencia de así llamados “movimientos sociales”.

4. Desindustrialización y la derrota 1976–1983

El primero de los textos que nos interesa analizar es el de 1983 de Juan Villarreal (Villarreal 1985). Villarreal caracteriza al período previo a la dictadura de 1976 como “homogéneo por abajo y heterogéneo por arriba”. Entiende que la amplia difusión de la relación salarial, el peso mayoritario de los trabajadores industriales y la homogeneidad de los puestos de trabajo (ingresos) configuraron en torno al peronismo “condiciones homogeneizantes en un proceso de formación de clases”. En otras palabras, la clase obrera se constituyó como sujeto político en Argentina en el peronismo y de alguna

manera esta constitución quedó atada a las condiciones de desarrollo bajo lo que denomina “modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI)”. Por otra parte, en el mismo período la heterogeneidad de “los que mandan” es el resultado de un perfil estructural particular de Argentina: escasa centralización del capital, diversificación productiva, etc.

Para Villarreal el golpe militar viene a revertir esta situación en una doble operación. De una parte implementa políticas de “homogeneización por arriba” (concentración, hegemonía, representación), y por otra de “heterogeneización por abajo”, es decir, de desarticulación de las organizaciones de clase, en suma de la clase en tanto sujeto estructurado en torno al peronismo. ¿De qué manera? La dictadura “implementa la desindustrialización” para reducir el peso de los obreros industriales, favorece el crecimiento del cuentapropismo y la tercerización (restando peso al obrero por sobre el empleado), incentiva la estratificación salarial y destruye los lazos de solidaridad mediante la represión y el terror.

Estos “efectos de poder” consistentes en “destruir, golpear o dividir a sus enemigos: los sectores populares” constituyen en definitiva los ‘objetivos latentes’ del proceso. La desindustrialización resta peso relativo a industriales medios y obreros manufactureros al mismo tiempo, desmontando el “eje de la alianza industrial-obrera”. La caída del salario real y del empleo industrial significa además de distintos apremios económicos un obstáculo para el financiamiento de las propias organizaciones políticas. El crecimiento de la cantidad de empleados (entiendase asalariados en el sector servicios) que “desplazan a los obreros como mayoría”, implica para Villareal el predominio de un sector con “escasa combatividad, limitada tradición de lucha y falta de cohesión [...] derivado de pertenecer a un mosaico heterogeneo de actividades laborales”. Por último el crecimiento de los independientes reduce el peso de los asalariados: “Una política desindustrializadora que expulsa trabajadores del campo de la producción, una caída de los niveles salariales masivos que desalienta el trabajo asalariado y un endurecimiento de las condiciones de trabajo en relación de dependencia que estimula la búsqueda de la ocupación por cuenta propia.” (Villarreal 1985, 259)

Villarreal entiende que los empleados son “una nueva fracción del prole-

tariado”, que por no estar ligados a la producción material como los obreros son un sector social postergado, severamente explotado, bajos salarios, descalificados en el proceso de trabajo, etc. Pero también sostiene que su lucha sindical se “inscribe directamente en el terreno del ejercicio del poder y se vuelve inmediatamente lucha política.” ¿Por qué entonces se encuentran “rezagados en relación con el nivel de lucha, organización y conciencia de los obreros?” Villarreal sugiere que esto responde a su diseminación en pequeños talleres o establecimientos, un conjunto difuso de factores ideológicos que incluyen “una escasa memoria de tradiciones propias de lucha y organización.” Finalmente, pese a este panorama desalentador, Villarreal concluye que más allá de las limitaciones de los empleados “su peso social crecientemente mayoritario es probable que los conduzca a ocupar un lugar cada vez más destacado en la vida política”.(Villarreal 1985, 269)

Otro texto relevante y clásico de análisis del impacto de la dictadura en el movimiento obrero es Francisco Delich(Delich 1982a).

Delich nos propone analizar la acción coyuntural en una perspectiva de largo plazo, que tenga en cuenta también la configuración y cambios de una variable fundamental que llama ‘memoria de clase’. Esta memoria de clase “no coincide sincrónicamente con su composición,” como se ha debatido previamente, especialmente a partir de Germani y los orígenes del peronismo (Delich destaca tanto el recambio cualitativo de artesanos por peones industriales sin calificación como la pérdida de hegemonía de los sindicatos de la carne y textiles en favor de metalúrgicos y electricistas).

La constitución de la clase obrera como sujeto en Argentina se da en el la congruencia de cierto modelo sindical, un modelo de desarrollo industrial por sustitución de importaciones (ISI), una fracción industrial de la burguesía y un tipo de Estado. Este entramado culmina en el punto máximo de poder “corporativo-sindical” en el período 1973-76. Es entonces este conjunto de dimensiones las que entran en crisis a partir de 1976, señalando tempranamente que la reestructuración capitalista tendría efectos más duraderos sobre la formación de la clase obrera que el inmovilismo de la organización sindical que podría explicarse coyunturalmente por los atroces niveles de represión.(Delich

1981)

Delich describe la situación de la clase obrera a la salida de la dictadura con los siguientes índices: caída del salario real, reducción de doscientos mil puestos de trabajo en el Estado (aunque esto no haya generado desocupación), la suspensión de las convenciones colectivas de trabajo, la intervención de la CGT y la ley de Asociaciones Gremiales de 1979. “La clase obrera perdió salarios y empleo. Perdió sus sindicatos. Perdió sus obras sociales. Perdió las convenciones colectivas. Por si todo esto fuera poco se resquebrajó la solidaridad que estaba (y está) en el fundamento de cualquier acción colectiva.” (Delich 1982b) Estos sin embargo son pérdidas políticas que podrían recuperarse, pero Delich analiza en un orden más general, el impacto de la reestructuración: la clausura de un modelo (la sustitución de importaciones y la respuesta sindical al mismo). Aquí Delich menciona dos “nuevos desafíos para las formas de acción obrera”. El primero es la tendencia sostenida (desde 1950) y peculiar en Argentina de crecimiento del sector no asalariado. El segundo es la consecuencia de la suspensión de los convenios colectivos, el instrumento que “igualando las demandas y expectativas individuales conformaba una base social que se reconocía como conjunto y en consecuencia cobraba una fuerza formidable”. Es decir, que se constituía como sujeto político. Delich sostiene que la pérdida de este instrumento conllevó una alta “dispersión salarial”, ambos efectos buscados por el plan económico de la dictadura. “Si el conjunto de la clase obrera fue agredido por la política salarial, no es menos cierto que sectores obreros calificados fueron beneficiados.” (Delich 1982a, 149) La heterogeneidad salarial es entonces un nuevo desafío para la clase obrera post-dictadura.

Resumamos entonces estos análisis de este período que son representativos tanto de un amplio espectro de la literatura académica como de posicionamientos políticos (de los que son tributarios, por supuesto). ¿Qué elementos nos resultan relevantes para la lectura que proponíamos al principio?

Pongamos a un lado las objeciones empíricas y teóricas a ciertas afirmaciones.² Dos aspectos me interesan en este momento: en primer lugar que

²Sólo a título de ejemplo: Villarreal sostiene la existencia de desindustrialización apor-

visión prevalece sobre el significado de 'desindustrialización' y en segundo lugar de que manera se relaciona esta con la constitución de la clase obrera como sujeto.

En el primer orden debe decirse que la desindustrialización es descripta como proceso de crecimiento relativo del sector servicios, aunque entendida como un proceso de re-primarización. Un segundo aspecto relacionado con esto último, que analizaré en otro momento es la relación causal que establece Villarreal: la desindustrialización es la respuesta de la burguesía (o de alguna fracción de la misma), un plan deliberado para debilitar la constitución de la clase obrera como sujeto político. Es siempre cierto que la solución definitiva a la lucha de clases es la disolución del conflicto mismo, pero también sabemos que la burguesía no tiene por práctica minar sus propias bases de existencia como respuesta a la amenaza de la clase obrera.

Pero lo que quiero destacar son estos aspectos que considero acertados de lo dicho hasta aquí:

- En primer lugar debe destacarse que han resultado notoriamente más relevantes y profundos en su análisis estos textos que reconocen y predicen (no olvidemos que están escritos entre 1981 y 1983) el impacto duradero de la reestructuración capitalista del período sobre la clase obrera que aquellos sólo fundados en análisis institucionales o coyunturales (como los que sostenían las nociones de 'revolución democrática' o 'transición democrática'). Antes de continuar entonces, podemos concluir en la potencia de incluir esta consideración estructural antes que desecharla.
- Como productos históricos estos mismos, los análisis reseñados naturalizan algunas condiciones históricas que podemos hoy es más sencillo señalar como tales. Por ejemplo, la caracterización de Villarreal de los

tando por sólo dato una caída del 3.2 % del PBI del producto manufacturero en el período (en el texto de página 248 este porcentaje del cuadro de la página 277 se vuelve un 4 %). El cambio entre 1976 y 1980 hacia un "peso económico considerable" de la dudosa categoría de "empleados" se sostiene en un cambio del 50 % en 1970 al 52 % de la PEA en 1980 (Villarreal 1985, 255). En un orden más general, la doble operación de homogeneización por arriba y heteroneneización por abajo tiene un sujeto difuso, por fuera de y sobre las clases sociales.

'empleados' mostro su cara reversa en los años '90 cuando fueron justamente estatales y desocupados los que mostraron más altos niveles de combatividad y organización. El dato aquí es que ciertas consideraciones estructurales (su rol en la producción, o el tamaño de los establecimientos) no resultaron delimitantes a la hora de la estructuración de una formación de clase.³

- Emerge finalmente, no sin cierto esfuerzo, un patrón común que creo necesario resaltar: la invariante en estos procesos de formación de clase es que la reestructuración de las bases materiales (cuya causalidad y posibilidad no entiendo como autónoma) implica la re-estructuración de una respuesta, de nuevas respuestas, de nuevos tipos y organizaciones de clase. Tanto Delich como Villarreal reconocen las dificultades que conllevará construir una nueva "memoria de clase", re-estructurar la "experiencia" en el sentido de Thompson. Por momentos los autores pierden de vista que la relación proceso de industrialización y formación de clase es aquella que conocemos como producto del resultado histórico, pero no es única.

Aunque aparece con cierta ambigüedad, la dimensión histórica de nociones como movimiento obrero "homogéneo" / "heterogéneo" debe ser destacada. Es decir: *determinadas "heterogeneidades" no son por si mismas signo de debilidad, no son condicionantes estructurales de debilidad*, lo son únicamente para la construcción histórica previa que optó por otros caminos. Volveré sobre este punto.

Antes de abandonar este balance provisorio dejaré también asentado que este hecho es captado también de modo naturalizado por el regulacionismo o SSA. En el "modo de regulación" se monta en clave estructuralista esta "coevolución" de estructura y constitución política de la clase.

³Posiblemente algunos de los factores aludidos deban reconsiderarse específicamente. Por ejemplo, tal vez sea falsa la correlación "empleados" / "pequeños establecimientos" y no la correlación "dificultad para estructurar organizaciones de clase" / "pequeños establecimientos".

5. De la derrota de la clase a la derrota electoral peronista

Levitsky (2003) documenta extensamente cómo el aparato del PJ está altamente controlado, financiado y constituido por las distintas burocracias sindicales hacia el fin del proceso dictatorial. Tanto la composición de las listas como la campaña y las negociaciones estuvieron en manos de representantes sindicales, hasta consagrar formalmente el poder de facto de este sector en el congreso del partido de 1983 en Lorenzo Miguel fue nombrado su presidente.

Levitsky entiende que “las bases sociales de la política argentina cambiaron de manera sustancial [...] El gobierno militar intentó destruir las bases sociales del populismo mediante una combinación de represión con reestructuración económica y en gran medida lo logró.” Su descripción de la desindustrialización es fundamentalmente la decadencia relativa del sector manufacturero y la caída del empleo industrial. El crecimiento de empleo en servicios, no-asalariados y la pauperización hacen que “la clase trabajadora industrial fuera más reducida y los sectores populares y urbanos los más heterogéneos y fragmentados desde la década del 30.” (Levitsky 2003, 130)

La desindustrialización impacta sobre la conformación del PJ de dos maneras. En primer lugar, demoliendo las bases sociales de los sindicatos industriales, quienes vieron disminuir la cantidad de afiliados y por tanto su peso político y económico.⁴ Esto significó un cambio en la relación histórica del peronismo con los sindicatos industriales, aunque Levitsky agrega “la naturaleza descentralizada del trabajo en muchas actividades de venta minorista y de servicios hizo que algunos sindicatos como el de los empleados de comercio, el de los gastronómicos, el de los encargados de edificios, el de los árbitros deportivos y el de los agentes de seguridad privados *tuvieran escasa capacidad movilizadora, se comprometieran poco con la acción colectiva y*

⁴Las cifras sin embargo hablan de caída absoluta de afiliación, pero la relación causal con la caída del empleo industrial es más dudosa. A simple vista la desafiliación es más importante que la caída del empleo industrial (la afiliación cae entre un 50 % y un 70 % mientras que el empleo industrial según estas mismas cifras cayó un 26 %). (Levitsky 2003, 129)

tendieran a no forjar identidades colectivas sólidas.” (énfasis añadido). En nota al pie exceptúa bancarios y estatales.

En segundo lugar, para Levitsky, la desindustrialización pone en peligro la base electoral tradicional del PJ. “El declive de la clase obrera industrial creó dos nuevos grupos de votantes: los ‘nuevos pobres urbanos’, cuya base era el sector urbano informal, y la ‘nueva clase media’, basada en el sector de venta minorista y de servicios.” (Levitsky 2003, 132) Si el salto suena un tanto abrupto entre empleo y grupos de votantes, Levitsky acerca el siguiente vínculo: “Los trabajadores del sector informal suelen ser más pobres que los trabajadores manuales, pero *la naturaleza heterogénea y geográficamente dispersa de su trabajo debilita su identidad colectiva y crea ‘intereses objetivos difíciles de articular con los de los asalariados’*” (Levitsky 2003, 132) (énfasis añadido). Por esto era “muy improbable” que estos sectores se mantuvieran ligados al peronismo a diferencia de los sindicales obreros. El PJ por lo tanto abandona su tradicional base sindical y reformula los vínculos con los sectores populares de otra manera: clientelar.

Resumamos los términos que nos importan en este momento: nuevamente aparecen dos elementos que caracterizan las reflexiones sobre la relación entre formación de clase y desindustrialización. De una parte el reconocimiento de un entramado histórico que por el solo hecho de ser alterado (reestructuración capitalista) implica una reestructuración de las formas de organización. Por otra, una naturalización de la forma de esta relación (por ejemplo las categorías de empleo y los votantes, la naturaleza heterogénea y el sector informal, la escasa combatividad y los sectores de servicios).

6. Conclusiones

Del recorrido hecho por tres momentos históricos e historiográficos creo que pueden concluirse algunas cosas generales.

En primer lugar debe insistirse nuevamente en la necesidad de debatir de modo más sistemático este problema. Entiendo que las advertencias formuladas al principio sobre los silencios tienen aquí la claridad del silencio,

la urgencia de la pregunta y las falencias de un problema de mucha más profundidad que la formulada.

En un orden más concreto emergen otras necesidades: desambiguar la noción de desindustrialización, porque bajo un concepto “paragüas” quedan fenómenos y explicaciones de distinta índole agrupadas injustificadamente. De la lectura de la desindustrialización en los textos de los '90 utilizada para explicar la desocupación al proyecto re-primarizador del proceso hay un salto que merece ser señalado, especialmente si se quiere reflexionar sobre el impacto en las formas de lucha de clases.

Al mismo tiempo, la idea de heterogeneidad sufre dos efectos. El primero es el abuso del término, o más bien el no reconocimiento de su dimensión histórica. Algunas relaciones sociales se ven como heterogéneas, opuestas, fraccionales porque así se forjó la experiencia de clase. En muchos de los casos es interesante identificar como nuevas formas de lucha y procesos históricos vuelven homogéneo lo antes heterogéneo, como también será útil reflexionar sobre aquello heterogéneo de modo irreconciliable. En segundo término, y relacionado con lo anterior, es curioso que se asocie a lo largo de toda la literatura heterogéneo con débil, fragmentario. Lo heterogéneo es también adaptativo, es difícil de dominar, a veces única estrategia contra lo burocrático o estatal (por ejemplo vale pensar en la dinámica de los movimientos piqueteros: la fragmentación era un límite al poder de negociación estatal).

La necesidad de reestructuración de las formas de lucha como respuesta a la reestructuración capitalista tiene dimensiones múltiples. La primera es la ya nombrada: la debilidad inmediata de las formas de lucha no debe confundirse con debilidad estructural del nuevo estado de cosas. Esto enseña a su tiempo que las formas de lucha “coevolucionan” con las formas de acumulación, desarrollan su fortaleza y tienen su lógica de construcción bajo condiciones estructurales particulares. Por último, esta dialectica entre los dos tipos de reestructuración tiene una pregunta más: ¿existiría el *dictum* de la reestructuración capitalista sin la fortaleza de la formación del sujeto clase obrera?

Por último podemos formular las preguntas que derivan consecuencias metodológicas para “una medida de las luchas sociales”: ¿que implicancias tiene entender que las formas de lucha no son independientes de los modos de acumulación? Ejemplificando: entender la especificidad del 2001 como culminación de las respuestas parciales a la reestructuración capitalista de los '90 es un buen comienzo. La pregunta pendiente es como comparar el 2001 con el Cordobazo.

Esta reflexión fragmentaria, no es sin embargo un recorrido puramente arbitrario. Es la constatación de un silencio que no hace sino dificultarnos reflexiones de muy alta relevancia política, vale decir, reflexiones vitales.

Referencias

- Auyero, J. (2002, September). Los cambios en el repertorio de la protesta social en la argentina. *Desarrollo Economico* (166), 187–210.
- Delich, F. (1981, July). Desmovilización social, reestructuración obrera. y cambio sindical. *Crítica y Utopía* (6), 79–97.
- Delich, F. (1982a). Después del diluvio, la clase obrera. In A. Rouquié (Ed.), *Argentina, hoy*, pp. 129–150. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Delich, F. (1982b). Pacto corporativo, democracia y clase obrera. *Crítica y Utopía* (7).
- Levitsky, S. (2003). *La transformación del Justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista 1983–1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Levitsky, S. and L. Wolfson (2004, June). Del sindicalismo al clientelismo: La transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999. *Desarrollo Económico* (173), 3–32.
- Villarreal, J. (1985). Los hilos sociales del poder. In E. Jozami (Ed.), *Crisis de la dictadura argentina*, pp. 201–268. Buenos Aires: Siglo XXI.